

MEMORIAS  
MUNICIPAL  
MADRID

2-1 JUN. 1925



Dib. ARISTO TÉLLEZ.—Madrid.

—Creo que voy a ser muy feliz en mi matrimonio, papá.  
—Lo mismo creí yo, hija mía, y ya ves... ¡tu madre vive todavía!



# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# SECCION RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por DIEGO MARSILLA

18.—Parroquia.

151  
PERCAL

19.—Uno que limpia... hasta una letra.

D  
500050501  
CERCA DE MELILLA

20.—Superior con tomate.

SUROESTE  
500 1000 500

21.—Libro para mujeres.

NOTA COSA SIN  
FALTA



500a

22.—Frase muy corriente.



MUZA

23.—¡Buenos morrones!

MINERAL ECONOMIZA



SOMBREROS  
BRAVE  
• MONTERA • 6



AguA RADIUM

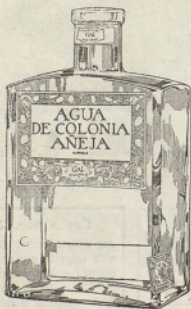
TINTURA PARA EL PELO  
Con una sola aplicación se logran  
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de junio.





## La mejor prueba

de la bondad del Agua de Colonia Añeja está en el enorme consumo que de ella se hace entre las personas que se dedican a los deportes.

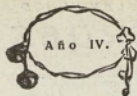
Acostúmbrese usted a friccionarse con Colonia Añeja después del ejercicio. Por su fuerza alcohólica y su pureza es el mejor tónico muscular. Refresca y reanima. Tonifica los nervios. Combate el cansancio. Compre usted hoy mismo un frasco en la primera perfumería, farmacia o droguería que encuentre.

## AGUA DE COLONIA AÑEJA

Frasco, 2,50 - Litro, 15 ptas. en toda España.

El impuesto del Timbre a cargo del comprador.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

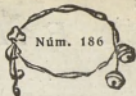


Año IV.

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 21 de junio de 1925.



Núm. 186

## LA CÁSCARA EN EL PIE



ON la romería de San Isidro iniciáse todos los años la venta oficial de avellanas.

La venta de avellanas es un comercio perfectamente lícito y honorable que merece por mi parte toda clase de respetos, de fervores y de homenajes. Y sin embargo, si en mi mano estuviera, lo prohibiría de un modo terminante y absoluto, castigando con penas severísimas a los contraventores.

La razón es obvia. Si los vendedores de avellanas presentasen éstas bien mondaditas, a fin de que el comprador no tuviese que hacer otra cosa que comérselas, nada tendría yo que decir. Eso se hace en Andalucía con los famosos chumbos, eso se hacía en Madrid con los cangrejos de mar—cuando estaba permitida la venta ambulante—o sea antes de que el Conde de Vellellano averiguara que los caparzones de los sabrosos crustáceos servían para que engordasen fabulosamente las ratas de la plaza de Santa Ana—y eso se sigue haciendo con las almendras saladas y con los piñones tostados. Pero con las avellanas no ocurre lo mismo. Las avellanas son vendidas con cáscara y todo, y la cáscara de la avellana es una de las cosas más punibles del mundo.

En primer lugar, al darnos una avellana con cáscara desconocemos si dentro de ésta se oculta aquella, como asegura proféticamente el vendedor, o sólo existe el vacío, burdamente disimulado con unas hilachas secas y desvaídas, como sucede con harta frecuencia, aunque el vendedor se obstine en afirmar lo contrario. Para salir de dudas, no tendremos más remedio que partir la cáscara de la avellana. Este es el segundo trámite, bien doloroso, por cierto. La cáscara ha sido previamente embadada con un preparado de albañilería muy parecido al yeso,

pero muchísimo más sucio que el yeso. Venciendo la repugnancia que aquella blancuzca difusión nos produce, introducimos heroicamente la avellana en la boca, hincamos denodadamente los colmillos en la cáscara, y tras de dilatados y dolorosos esfuerzos, logramos hendirla, primero, y quebrarla, después. Si, como a veces ocurre, existe algo dentro, nuestra satisfacción es vivísima. Si, como ocurre casi siempre, nada existe dentro, nuestro disgusto es terrible. En uno y otro caso arrojamos al suelo la cáscara rota con esa suprema generosidad que nos inspiran las cosas inútiles.

Y aquí viene lo espantoso. La cáscara rota, al caer al suelo, siempre queda con los bordes hacia arriba. Ig-

noro a qué ley física obedece esto aunque supongo que será la misma en virtud de la cual si un gato tiene la desgracia de caerse del tejado queda maravillosamente de pie... Ahora bien; una vez la cáscara en el suelo, el primer ciudadano que llegue a pisarla, y al pisarla se le clavará en la suela del zapato para no desasirse jamás. Inútil es que el interesado restriegue la suela contra un pedrusco, contra el tronco de un árbol, contra el borde de la acera. A cada restregón, la cáscara se hundirá un poquito más en la suela, con perlinzas ahinco de garrapata y de cuña, de lapa y de oblea. La víctima, entonces, se sentará en el primer banco que encuentre y, como el famoso «niño de espina», montará una pierna sobre la otra y, con un cortaplumas, tratará de extraer aquella presa que se le agarra a la suela de modo tan torzudo. Desesperado, se quitará la bota, sin preocuparse de que su calcetín esté inmaculadamente limpio o se halle afrentosamente roto, y se dirigirá a los transeúntes pidiéndoles, por el amor de Dios, algún instrumento con el que desenganchar la torturadora laña. Los transeúntes, piadosos, le facilitarán un destornillador, un sacacorchos, un abrelatas, una lezna, una ganzúa, un berbiquí, un punzón, una piqueta... Todo inútil. Estos instrumentos no le servirán de nada. El hombre sudará pez, sin conseguir liberarse de aquella especie de ventosa incrustada en la suela... Y al cabo de una hora de trabajos ineficaces, se calzará de nuevo y entre la comisera de unos y la rechilla de otros, irá cojeando hasta su domicilio, donde, si es periodista, escribirá un artículo furibundo para pedir al Gobierno que prohíba, mediante una Real orden, la venta de avellanas con cáscara.



Dib. SILENO.—Madrid.

MARCIANO ZURITA

# EL FABRICANTE DE HÉROES

I

Sí. Últimamente se ha hablado mucho de mí. Se me ha tachado de inhumano, de cobarde, de inútil. Soy un hombre desacreditado, un hombre vejado y escarnecido.

Dicen que no cumplo con mi deber de caballero, que he delinquido moralmente y que mi crimen es el más repugnante de los crímenes: un crimen de cobardía.

Quiero rehabilitarme.

Y, como justificación, voy a contar a ustedes aquel otro suceso que me llenó de gloria. Quizás narrándolo consiga borrar este otro desgraciado suceso que ha hecho caer sobre mí

todo el desprecio y todas las iras de la sociedad.

II

Un río es un hermoso espectáculo para un observador delicado. El agua se desliza, entre las dos márgenes, en corriente impetuosa e inescapable. El paisaje se refleja, con temblores de epileptico, en las aguas aceradas y cambiantes, en las aguas verdi-negres, verdi-oro, si las hiere el sol, o verdi-plata si las hiere la luna. De vez en cuando se divisa algún pez... Un río despierta una emoción artística y soñadora en todo espíritu amante de lo bello.

«Párpura y blandas esmeraldas llena,  
y líanas perlas la ribera undosa»...

Yo, aquella mañana, contemplaba absorto, embelesado, la majestuosa corriente del río... Cuando un clamor de voces y unos desesperados gritos me tomaron bruscamente a la realidad. Un hombre luchaba desesperadamente con la corriente, se ahogaba, estaba a punto de perecer. Y en la otra orilla, una muchedumbre aterrizada daba grandes voces angustiosas.

—¡Es un suicida! ¡Es un loco! ¡Se lo lleva la corriente!!

A los locos se les tiene que llevar la corriente, pensé.

Y iras de esta reflexión, me sentí héroe. Una oleada de energía, una oleada de valor enorme, sacudí mi cuerpo.

Me arrojé al agua.

Nadé con brío, desesperadamente. A las pocas brazadas estuve al lado del suicida. Me uní a él y, con la humana carga, continué nadando hacia la orilla. Pero una debilidad extrema se iba apoderando de mí. La impetuosa corriente me arrastraba... ¡Estaba perdido!

Y en esto, una voz, la voz del suicida, dijo:

—¡A la izquierda! Nade en dirección a la izquierda, que hay un remanso y no tenga miedo.

Aquellas alentadoras palabras estaban tan llenas de confianza y eran al mismo tiempo tan autoritarias, que las obedecí sin objeción alguna.

Llegamos al remanso. Mi debilidad había alcanzado un grado extremo. Estaba a punto de perder el conocimiento.

Y la voz del suicida volvió a sonar de nuevo:

—Estése quieto y déjese llevar por mí.

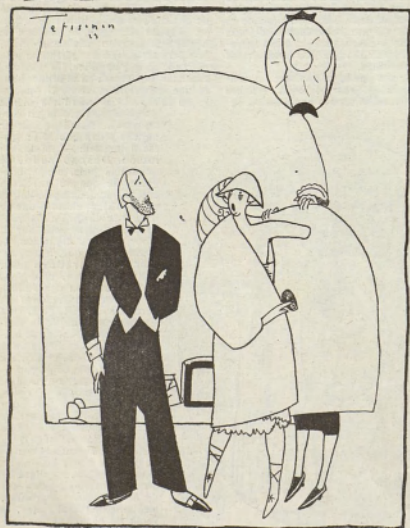
Le miré. Tenía los ojos cerrados, la faz cadavérica, parecía imposible que hubiera podido articular palabra. Y, sin embargo, aquel hombre, cumpliendo lo prometido, y tornándose de salvador en salvador, comenzó a nadar disimuladamente, pero con movimientos seguros, briosos, y, al poco tiempo, nos encontramos en tierra firme.

La muchedumbre nos rodeó anhelante. Cuando advirtió que aún vivíamos, me aclamó.

III

El suicida frustrado me oprimió en un largo y fuerte abrazo conmovedor. Después, mientras se sentaba en el sillón que le indiqué, dijo:

—Bien, muy bien. Es usted ya un héroe, un completo héroe. Y total por nada: por doscientas cincuenta pesetas que me debe.



LIB. TAPISINÍN.—Madrid.

—¡Pero, hombre! ¿No te has afeitado?

—¡Sí, mujer, cuando te empezaste a vestir!



—¿Yo? ¿Que le debo yo doscientas cincuenta pesetas?

—Ni una menos, señor. Le aseguro que es el último precio.

—¿Pero a razón de qué le debo yo esa cantidad?

—A razón de que yo soy un fabricante de héroes.

—¿Un fabricante de...?

El suicida frustrado sonrió compasivamente al advertir mi ignorancia.

—Sin mí—explicó—usted habría continuado siendo un hombre vulgar, anodino; gracias a mí, desde ahora podrá vanagloriarse de haber salvado la vida a un semejante aun con riesgo de su vida propia. ¿Me comprende ya? Todo esto bien vale doscientas cincuenta pesetas...

El fingido suicida hablaba con gran serenidad y sonreía amablemente cada vez que pronunciaba el precio de sus honorarios. Parecía estar muy acostumbrado a negociaciones como aquella.

—No encontraría un fabricante de héroes más barato—afirmó.

—¿Pero usted no intentaba suicidarse?

—No; sólo buscaba un cliente.

—¡Ya!

—Recuerde la escena: hubo momentos en que usted estuvo a punto de perecer, momentos de los que no hubiera salido con vida sin mi ayuda, ¿no es cierto?

—Es cierto.

—Yo le indiqué dónde estaba el remanso. Más tarde, cuando le abandonaron las fuerzas, le conduje a tierra. Recapítale un instante y advertirá que mi conducta no fué la conducta de un suicida.

Hubo una pausa. El fabricante de héroes la interrumpió, continuando:

—Su popularidad, gracias a mí, es un hecho. Tal vez consiga que le premien con la cruz de salvamento de naufragos. Muchos clientes míos lo consiguieron. Y todos ellos me están muy agradecidos.

No hubo más remedio. Pagué las doscientas cincuenta pesetas.

IV

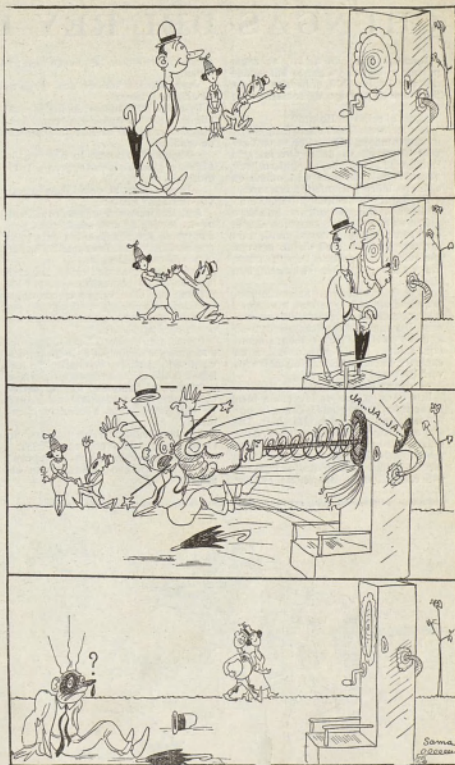
Pero la sociedad es injusta: nadie se ocupó de mí, nadie habló de mi comportamiento heroico.

Y, ahora, por mi actitud en aquel horroroso incendio ocurrido en mi domicilio, se me ha tachado de cobarde, de inhumano, de inútil...

No quise salvar a la anciana paralítica, no obstante haberme sido ello muy fácil. No quise salvarla, no.

Estoy escarmentado.

Además, la anciana paralítica, por sus años y por su enfermedad, era completamente fastidiosa, muy molesta y no servía para nada.



Dib. Saha —Madrid.

LA MÁQUINA MISTERIOSA

(Historieta casi muda.)

J. SANTUGINI Y PARADA

# CHUNGAS DEL REY PEPINO XX

Nuestra peroración de hoy va encaminada a relataros algunas bufonadas del rey Pepino XX, soberano de un país remoto y amigo de tomarlo todo a chunga.

¿Que si reinó en Egipto?

No, lectores. No va hacia Egipto hoy mi fugaz tempe. ¿Que si reinó en Grecia? Tampoco va hacia Grecia. ¿En Babilonia?... ¡¡Ay bá!... Quiero decir que ahí va... dirigiéndose mi fantasía en este pfo, felice y triunfador instante. Pepino XX era moreno, tirando a bituminoso. Diferase que se lavaba a diario en mar Negro. Sus ojos despedían calor lo mismo cuando reñía a un esclavo que cuando se «liaba» con una esclavina. Sí, porque Pepino, como era «mozo», siempre «andaba con líos»...

Al venir la primavera se sentía poeta. Se sentía él y lo sentían los demás que soportaban la lectura de sus versos. Durante el trimestre florido, todo lo decía en rimas más o menos aconsonantadas. Hasta para reñirle a un esclavo empleaba el verso, diciendo, verbigracia:

—¡Miserable esclavete!... ¡¡Vete!...

Los días en que se levantaba bien humorado daba gusto. Sonreía por todo. Era cortés, ameno, familiar. Tutaba a todo el mundo y hasta daba palmaditas en el abdomen a sus graves ministros, a los que hacía algún que otro chistecito pésimo que los consejeros celebraban en apariencia, aunque

en su fuero interno les diesen cien patadas.

Vean ustedes uno de sus modelos de chistes fatales:

Disentía del ministro de Instrucción pública, por ejemplo, y el consejero, muy finchado, exclamaba, alardeando de erudito:

—Majestad, esto no lo digo yo; lo afirma el gran historiador griego Tucídides.

—Bueno. Pues si «tucídides» que sí, yo «técidigo» que no.

Así, lectores, «amargaba este Pepino»... la vida de sus consejeros, porque las de sus súbditos les amargaba con muchas otras cosas que les hacían imposible la existencia.

Las sobremeras de Pepino XX eran temidas de los comensales, no por los platos, que eran varios en su doble sentido, sino por las «salidas» del soberano, que eran unas salidas así como para no volver.

Cierta día, Pepino XX invitó a yantar a su maestro de esgrima y a un condiscipulo del anfitrión, con quien Su Majestad solía ejercitarse en los asaltos. Durante el banquete, Pepino derrochó, como de costumbre, un raudal de chirigotas más o menos oortunas.

A la hora de servir los postres, un esclavo preguntó al chuaco príncipe:

—¿Qué os sirvo, señor, de postre? —A mí, esclavo, manzana en almibar.

—¿Y a vuestro condiscipulo?

—Sirvele también manzana.

—¿Y al maestro?

—Al maestro ciruela... —exclamó Pepino guiñando un ojo, mientras los comensales celebraban aquella «caída», que debió ir seguida de «fractura», a no tratarse de un rey.

—¿Queréis beber algo, señor? —interrogó acto seguido el esclavo.

—Algo, no, ¡mucho!

—¿Qué deseáis primero?

—Lo primero, que nos traigas tres copas.

—¡Del Samos oloroso?

—No; del trinchero. Tres copas de plata de las mayores, de las que usen para el agua los que tienen el mal gusto de beberla... ¡Voto a Buda! ¡Qué criados más inciviles!

—Aquí están las copas, señor.

—Cólmalas sin verterlas... ¿Está ya?... A ver, ¿qué tiene esta copa en el fondo?

—Señor, no veo ni gota...

—Ni yo tampoco, asno. ¡Como no has echado nada en ella! ¿De modo que sirves a los otros y a mí no?...

—Esclavo—medió el profesor de esgrima—, una barbaridad así no es capaz de hacerla más que un servidor...

—¿Quién, tú?—preguntó Pepino admirado.

—Quiero decir, Majestad, que eso no lo hace más que un burdo criado.

—¡Ah, vamos!... Y oye, esclavo, luego de colmar mi copa, cernícalo, refrate, sin tocarme, porque antes, al servirnos los buñuelos, me has manchado de harina el abdomen... Dame aquí, esclavo, con la rodilla... ¡Ay, animal! No te decía con eso, sino con la que llevas al hombro... Por éstos, esclavo, no te arresto. Pero te arrestaré, «por estas»—dijo besándole el pulgar derecho—, si me haces otra de ese calibre.

Así, sobre poco más o menos, fueron los banquetes de Pepino, hasta que un mal día, al levantarse, vió con pena que en su país se habían levantado contra él hasta las piedras.

—¡Pepino—rugieron ante él varios conspíndores—, sal de estos reinos con esos mulos de tus consejeros!

Al oír que decían Pepino... sal, temiendo que preparasen una «ensalada», Pepino escapó con su harén y sus ministros hacia Bengala, donde acabó paseando un cartel de anuncios. De la nación sólo quedó un «escudo» que ya habrán «cambiado» seguramente.

Que tales son los destinos de más de cuatro naciones por ser sus reyes Pepinos... y sus ministros meones.

MIGUEL DE CASTRO

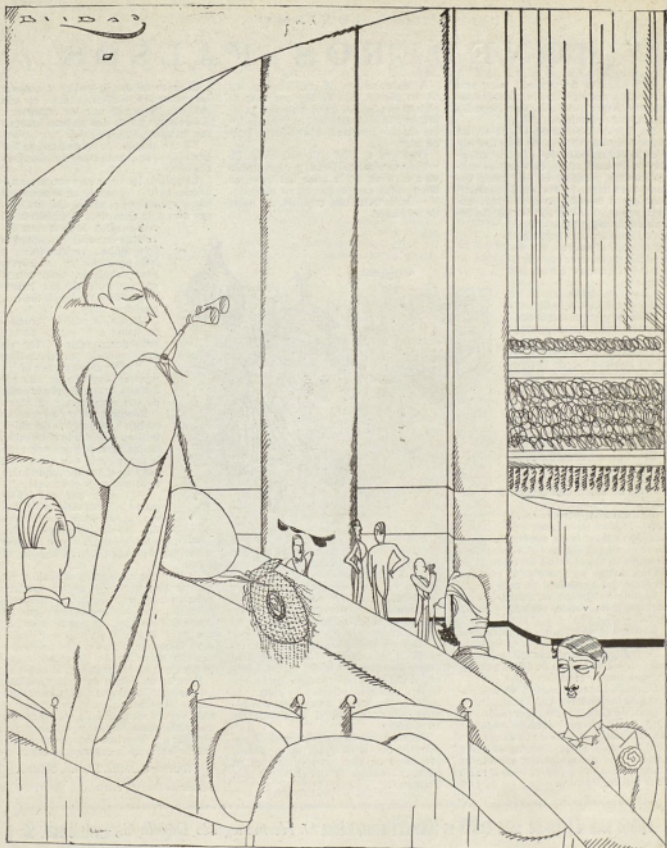


Dir. PINGARRÓN.—Madrid.

—¡Ha sido un magnífico croché!

—¡Como que me ha dado la puntilla!





—Oye, Margot: ¿conoces a ese insolente que te mira con tanta insistencia?  
 —¡Ya lo creo; es mi marido!

Dib. ELBAO.—Madrid.

RAMONISMO

## MONEDEROS FALSOS

Las fábricas de moneda falsa son chintikles, zaquizamies, mechinales anagostos en que todo se trama enmedio del mayor revolutom.

La fábrica de moneda falsa es un lugar desgredñado, con los zapatos haciendo excursiones de ruta por enmedio de la habitación, con toallas desgarradas y caídas en que están estampadas hasta la suciedad las dactiloscópicas huellas comprometedoras.

El proyecto es extraordinario; hacerse rico por su propia mano, directamente, sin necesidad de recurrir al ahorro, sin necesidad de esperar sin escribir las continuas cartas del negocio.

Los monederos falsos se reúnen como en perpetua nochebuena y preparan el acopio de herramientas y materiales en la guardilla.

Todos están alegres como si les hubiese tocado la lotería, y cuando sale el primer duro hay un gran baile litúrgico alrededor de la pieza. (Se puede entender por pieza tanto la moneda como la habitación y así resulta más esbelta la frase.)

El primero que sale a cambiársela es el niño.

—De parte de mi madre, que me de usted una arroba de patatas.

Y el ultramarinero mira el duro, lo hace bailar sobre el pedazo de mesilla de noche que pone un remiendo de mármol al mostrador y después lo tira al fondo del cajón, donde los demás duros meten un ruido de protesta que el tendero no comprende. El niño ha subido ya a casa con las patatas y ha vuelto variado y suculentito.

El negocio se presenta opíparo. Está asegurado el porvenir.

Se repite la moneda cien, doscientas, mil veces. Las bolsas de duros amenazan con hundir el piso.

Después hacen monedas de dos pesetas de las mejores del tiempo provisional, de esas que no parecen de plomo y los cocheros muerden mientras las cambian cobrándose la carrera, o son la moneda que primero sacan y aprietan entre los labios para tener libres las manos y contar bien el resto de la vuelta del duro.

A las monedas de dos pesetas les tienen miedo. Son de las que todo el mundo desconfia, y por lo tanto las fabrican con más esmero, reintentándolas mucho, grabando muy bien su borde cranelado.

Otra vez el niño baja a la calle. La prueba va a ser decisiva, porque el niño va a meterse en la boca del lobo, es decir, nada menos que en un estanco.

—Deme usted una cajetilla, de parte de mi padre.

El resto del día lo dedica a ahumar las monedas, sollamándolas en una lámpara de aceite que les ennegrece. Sobre todo las de dos pesetas necesitan un buen ahume.

En esa ahumación se patinan, se hacen viejas, se aceran como los jamones buenos.

La policía les tiene un poco atormentados, pero a Venancio se le ocurre la estratagema por sí acaso. Deben fabricar duros de chocolate y monedas de

dos pesetas de chocolate envueltas en papel de plata para los niños, vendiéndolas a bajo precio en las confiterías para despistar. Sólo con la salvaguardia de esa industria, podrán disculpar los troqueles.

Un día, la policía verdadera llama a la puerta de los monederos falsos. Hay un gran revuelo en el cuarto, pero al fin abren y pasa el comisario seguido de sus sabuesos, como el primer actor de sus coristas.

Rápidamente recorren las cuatro habitaciones del chiribitil y encuentra la habitación de las herramientas con toda la maquinaria a la vista y un niño en el suelo chupando un redondelito de chocolate.

—¿Y esto qué es?—pregunta el comisario a Venancio, señalándole los bartillos esparcidos por el suelo.

—Todos los elementos para fabricar monedas de chocolate... Pregúntele al niño.

El niño entonces entra en acción, según lo que aprendió de sus padres para en caso de peligro. El niño está discreto, dice los chocolates que se come a la semana, los que hace su padre para él y sus amiguitos y hasta para la caridad. Pues el niño caritativo entrega monedas de chocolate a los pobres que se encuentra en el camino.

Pero en un rincón del zaquizamí hay un depósito de plomo y en la hucha del niño—¡sentimentalismo desdichado!—hay varias monedas de dos pesetas completamente falsas y un duro sin ahumar que proclama con vivos destellos la fabricación casera y reciente.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)



El niño ha dado las dos pesetas y ve con alegría que se las cambian y le dan mucha moneda menuda.

—¡Estamos salvados!—ha dicho con gran fruición el principal falsificador, y sin perder tiempo se ha dedicado a la fabricación de monedas de dos pesetas, como si tuviesen que pagar a un ejército.

Después ha habido un verdadero reparto de papeles. Ha sido elegido para pagar las monedas de a duro Cipriano, el del sombrero hongo, barba corrida y gabán de pieles y ha sido «pasadora» de las de dos pesetas la esposa de Venancio, el de los lentes ahumados.

Venancio no ha aceptado ningún papel más que el de autor de monedas, orgulloso de ello, metido siempre en casa, buscando la perfección a sus troqueles.

Agencia para la venta de BUEN HUMOR en TAMPICO (Tamps) México D. Hermenegildo Dávila G., Apartado núm. 50

# A VUELTAS CON PIRANDELLO

Nuestro amigo, «El hombre que ha visto a Pirandello»—según se había él mismo calificado en las tarjetas—, nos dijo, insistiendo:

—Hay que hablar más de Pirandello; no hemos hablado de su obra y es preciso que los lectores de BUEN HUMOR sepan lo más posible de ese caballero que es, por hoy, el autor más célebre del mundo. No conoce la época moderna, un caso de éxito más repentino y más universal.

—Bueno, y en rigor ¿qué significa Pirandello?, ¿qué estética o qué tendencias tiene Pirandello?, ¿por qué su triunfo?

—Yo les diría a ustedes que Pirandello es el abogado del diablo, Pirandello ve a los hombres, decide defender tal o cual sutileza de abogado; acumula para ello una serie de argumentos de cariz y elocuencia forense y nos los presenta envueltos en una trama lo más extraña y lo más diabólica posible.

«Todo el teatro de Pirandello—ha dicho un crítico—descansa en la teoría del espejo. En vez de limitarse, como todos los dramaturgos hicieron siempre, a llevar a la escena pasiones, sentimientos ciegos en lucha unos con otros, Pirandello añade un espejo y obliga a los ciegos a que vean y se miren en él.» El drama del hombre consiste—según Pirandello—en que el hombre no puede vivir como los demás animales sin pensar en lo que hace y en lo que vive. Su inteligencia es un espejo; el hombre que tiene inteligencia ve en el espejo su propia vida y va poniendo el espejo delante de los demás para que también ellos vean, mirándose en él, la verdad de como viven. Pero resulta que el espejo no da la imagen exacta, sino que cada cual ve en el espejo su verdad, no la verdad, y de ahí que la humanidad parezca una discusión entre personas que hablan distintos idiomas; de ahí el drama humano de unos seres que tratan de entenderse indolentemente.

La única manera que tiene el hombre de hacerse entender es la palabra, y como la palabra no puede nunca, porque es abstracción, decir cuanto sentimos y vivimos interiormente en el momento de expresarlo—como jamás podremos, por ejemplo, dar idea de un

día hermoso por muchas palabras que empleamos para decirlo—, como la vida es movimiento con miles aspectos diferentes en un mismo momento y la palabra no puede abarcarlos todos, resulta que los hombres no pueden jamás dar a conocer su verdad, y no pueden, por lo tanto, acabar de entenderse nunca.

—Y de esa teoría ¿qué opina usted?; ¿le parece a usted que, en efecto, los hombres no nos entendemos entre sí?

—En el caso de Pirandello, desde

—Muy larga. Yo le aseguro a usted que hace falta más reconcentración para leer las doce columnas en octavo de prosa apretadísima que ha empleado en la explicación Pirandello, que para leer otro tanto en las páginas de un filósofo germánico. «Yo—viene a decir Pirandello—no quiero hacer dramas como tantos otros los hacen, por el gusto de contar un conflicto cualquiera, sino que necesito dar un sentido universal a lo que cuento. Cuando se me presentaron en la imaginación

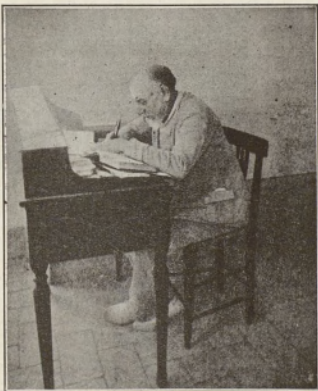
los seis personajes de esa familia, con su drama, los rechazé diciéndome: «No es cosa de afligir otra vez a mis lectores presentándoles otra nueva calamidad, yo que tantas les he presentado.» Pero los personajes volvían y tornaban, sin dejarme en paz; y entonces caí en la cuenta de que el drama, con el sentido universal que yo buscaba, estaba precisamente no ya sólo en su drama sino en las aventuras que les sobrevendrían cuando viéndose rechazados por mí se decidieran a ir al sitio que corresponde a todo personaje dramático: al escenario de un teatro.

—Se me ocurre una objeción, compañero. Los personajes de una comedia no quieren nunca presentarse en un teatro hasta que no se encuentran ellos perfectamente presentables. Si aparecen en escena tantos personajes sietemesinos, se debe a que los llevan los autores, que están deseando estramar a todo trance; pero los personajes, ¡pobrecillos!, nunca se escapan de casa de sus padres por su voluntad. ¡Al contrario! Si tuviesen la justicidísima costumbre de

luego. Creo que cuando Pirandello estrena, y da la vuelta al mundo, y aplauden los espectadores, estos no saben por qué, nadie, en efecto, lo entiende, ni se entienden ellos. Y si no, vaya usted tomando nota: observe usted que por todas partes que Pirandello va, le preguntan qué es lo que ha querido hacer en su obra *Los seis personajes*. No le basta a nadie, por lo visto, con ver y aplaudir la obra. Preguntan al autor, con tal frecuencia, que el autor se ha visto en la necesidad de explicarlo en un artículo.

—Y la explicación es...

ir en busca de otro segundo autor cuando se encontraran con que el primer autor de sus días era un cucurbitáceo, ¿no estaríamos viendo a cada paso la constante emigración de personajes saliendo del cerebro de nuestro querido compañero Sr. Málaga y entrando en el cerebro de nuestro amigo Malagón? Además, los personajes de cualquier comedia quieren ir, si es que realmente quieren ir, al escenario a entenderse con el público, pero, ¿con los cómicos? ¡No, por Dios! A los cómicos los temen. Los cómicos siempre están hablando mal de ellos, encontrándolos siempre





poco buenos y están siempre pensando en añadirles algo o dárles cortés. A ningún personaje le ha ocurrido nunca semejante cosa.

—A mí me da lo mismo. Yo estoy haciendo información y confino. Los personajes se presentan a los cómicos y los cómicos se sorprenden.

—Lo creemos. Los personajes se presentan al portero como unos visitantes cualquiera, y esto es, en efecto, sorprendente. Si los cómicos no se sorprendieran nunca, no más cosas que por estas, ya nos daríamos por contentos. Dicen que Flaubert se sintió envenenado cuando estaba envenenando a madame Bovary; pero, no obstante, el propio Pirandello se sorprendería y pondría el grito en el cielo si al estar él poniendo un ladronzuelo en alguna de sus comedias se le escapara de pronto el personaje llevándose el reloj y la cartera.

—Hombre, tomando así las cosas, tan al pie de la letra... Pero yo no quiero meterme en discusiones. Yo estoy haciendo información... Lo cierto es que los cómicos se sorprenden y no entienden, pero no ya precisamente por lo insólito de la presentación—esa sorpresa acaba pronto—, sino porque los propios personajes no saben expresarse. Ya he dicho a ustedes que una de las teorías fundamentales de Pirandello consiste en la imposibilidad, o cuando menos dificultad extraordinaria, de que el hombre pueda expresar con la palabra—letra muerta—la complejidad fluida, móvil, cambiante, de la vida. Esto ya es grave, pero ¡si sólo fuera esto!... Resulta que, además, aun suponiendo que los personajes pudieran encontrar en la palabra un medio adecuado de expresión, no podrían darse a entender tampoco evidentemente, porque ellos mismos no se entienden entre sí ni se entienden a sí mismos por completo. Para que una persona pueda explicar su conducta por entero, es necesario que se dé cuenta, por entero también, de los móviles que la rigen. Y eso no ocurre casi nunca. De los seis personajes estos, sólo dos—el Padre, la Hijastra—están en condiciones de hablar dándose cuenta; el Hijo se resiste; la Madre no sirve más que para hacer el papel de víctima resignada entre sus dos hijos posueltos, que apenas si son otra cosa que, el uno, un autómatas, el otro, inerme pura. El propio Pirandello nos lo dice, concreta y... claramente: «El Padre, la Hijastra y el Hijo están realizados como espíritu; la Madre, como naturaleza; el Jovenito, que guarda y cumple un gesto, el de malatearse—como «presencia»; la Niña, absolutamente inerte.»

—Espere compañero: quiero ir apuntando en un papel lo que me dice, porque se me van de la cabeza todos los conflictos que hay que tener en cuenta en la obra de Pirandello. Primer con-

flicto: pocos personajes que se encuentran con su autor los echa de la casa. Segundo conflicto: el de los personajes que, al verse en esa situación, en vez de buscar otro autor se van a buscar a un cómico y se encuentran en el apuro de que el cómico, ¡claro!... no entiende de eso. Tercer conflicto: el de que la palabra no les sirve—porque no sirve a nadie—para poder expresarse enteramente. Cuarto conflicto: que unos pueden expresarse un poco más y otros un poco menos y otros nada, habiendo de tener en cuenta el grado de desarrollo humano de cada personaje. Quinto conflicto: que entre los personajes ya desarrollados, y en condiciones de darse a entender, como son el Padre y la Hijastra, no logran entenderse entre sí, porque cada uno—como suele ocurrir mucho en la vida—ve su verdad, pero no ve la del otro, y resulta que se encuentran los dos presos en ese «atroz e inderrogradable enlucamiento de su propia forma que para el Padre significa castigo, mientras que para la Hija significa venganza». Sexto conflicto... ¡Ay!... no quedan más conflictos, ¿verdad?

—Sí quedan, ¡ya lo creo! No hemos resumido hasta ahora más que seis columnas de la explicación de Pirandello; quedan otras seis.

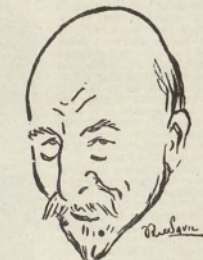
—Pues esas seis columnas me parece que van a dar lugar a otro drama: «Seis columnas en busca de lector.»

—Haga usted lo que guste, compañero. Yo tengo que completar la información. Es preciso hacer constar una sexta consideración: que estos personajes no tienen que ser considerados ni como criaturas humanas ni como personajes creados por la fantasía, sino como personajes rechazados, a medio hacer, por la fantasía que, en vez de terminarlos, ha dicho: «¡Que os acabe el nuncio!» pero teniendo en cuenta que él, el autor, ha rechazado solamente la realización del drama, pero no la realización de los tipos. Que esto, por lo tanto, nos obliga a tener en cuenta que el Padre, por ejemplo, parece hablar en nombre del autor, invadiendo el dominio espiritual del autor, pero es que habla, no de su drama familiar, sino de su drama como personaje que busca autor; que la madre sufre, porque está descaando una escena con el hijo, escena que no llega a «porque es imposible». Que ella, la madre, no comprende por qué está allí en un escenario y se figura que aquel afán de su marido y de su hija por llevarla a semejante sifio «es una manía más de aquel tormento de marido que le ha tocado en suerte y—horrible, horrible—alguna otra ventolera sospechosa de aquella loca de hija». Hay que tener en cuenta que el conflicto inmanente entre la vida y la forma es condición inexorable, no sólo del orden espiritual, sino también del natural. Que otro personaje, el Hijo, es el

único «que niega el drama, que lo hace personaje», que es «el único que vive solamente «como personaje en busca de autor», hasta tal punto que el autor que él busca no es autor dramático... Que...»

—Deíngase, no entiendo... Creo que si continúa usted de esa manera, los lectores van a perder su buen humor y Buen Humor sus lectores...

—Yo hago información... Si usted no entiende, no es mía la culpa. Tampoco de Pirandello: él está seguro «de haber representado un caos, pero no caóticamente». «Que mi representación—dice—no es confusa sino bastante clara, simple y ordenada, lo demuestra



el hecho de que todos los públicos del mundo han encontrado evidéntisima y clara la intriga, los caracteres, la diferencia entre los planos fantástico y realista, dramático y cómico, de la obra, habiendo sabido al mismo tiempo las miradas de los más sencillos, encontrar los demás valores recónditos que se contienen en la obra.»

—Le hace falta a usted entonces, para completar esta información, otra segunda: la de abrir un informe a fin de que todos los públicos del mundo digan, cuando salgan de aplaudir a Pirandello en sus *Seis personajes*, qué han entendido de la obra y por qué la han aplaudido.

—¿Quiere usted decir, por ventura, que Pirandello es un cualquiera y que los *Seis personajes* no debían haberse aplaudido?

—Si yo creyera eso, compañero, ¿le habría estado aguantando a usted tanto tiempo seguido su información pirandellista?

MANUEL ADRIL

# LA COPA GORDON- BENNET

Se ha hablado de ella en estos días. Varios aeronautas de todos los países han concurrido con sus globitos, como los niños cuyos papás compran los jueves en «Madrid-Paris».

Parece mentira que haya quien se dedique a un deporte tan tonto como el del globo libre, sobre todo después de estar suficientemente inventados los dirigibles y los aeroplanos.

Meterse en la barquilla de un globo, ya es ridículo. Puede que en un tiempo, fuera al colmo de la novedad y de la intrepidez.

El globo está atado. Sus tripulantes se despiden de los amigos y, luego, el globo se eleva entre aclamaciones.

Una vez arriba, pongamos aquí la cifra más corriente a que suelen elevarse, los aeronautas deben comenzar a aburrirse. Ni siquiera les podría distraer echar esos sacos de arena que llevan colgando de su púlpito aéreo.

El globo está a merced del viento, como un vilano, como una pompa de jabón. Le alejará kilómetros y kilómetros en la dirección que el viento le empuje y, luego, se caerá. Al cabo de unos cuantos días de vuelo, los tripulantes, como ahora ha sucedido, se caen al mar, con el globo y empiezan a dar voces para que los salven. Eso es todo.

Luego se revienta: Fulano ha caído allí (tantos kilómetros), Zutano allí (tantos kilómetros). El que haya caído más lejos, ese se lleva la copa y la admiración del mundo deportivo.

De este modo se premia a los que se atreven a meterse en un cesto y estarse varios días sin hacer nada, por los aires. Además deben salir con la condición de llevar poca comida. Siempre se lee que llegan a tierra extenuadísimos.

La institución de la Copa Gordon-Bennet nos hace ver anualmente que existe gente para todo, para lo más absurdo y anacrónico que pueda imaginarse. Igual concurrirían si la prueba consistiese en tirarse desde un quinto piso con un paraguas abierto y se premia al que cayese más lejos.

Allá se va una cosa con la otra. El ganador no pone de su parte más que



DOLOR DE MUELAS

Dib. ALPHA.—Madrid.

—Ten paciencia, hija...

—¡Ah! ¡si yo pudiera hacer lo que tú, que cuando te duelen las pones en la mesilla de noche.

el pellejo, el peligro, el hambre, el frío y la fatiga. Ni inteligencia, ni pericia, ni nada hace falta para dejarse llevar por el viento, como una hoja en otoño.

Mucho más difícil es ser, como yo, campeón de subir en ascensor y de obtener comunicación telefónica.

El valor, la pericia, la intrepidez que hace falta para lo primero se completa con resistencia física y la serenidad necesaria para lo segundo.

Me parece que eso tiene más mérito

que subir en globo. Lo digo porque sé que se comenta mi abstención a la prueba de globos esféricos de este año, en la que España no ha estado representada, pues tampoco ha concurrido Augusto Martínez Olmedilla.

No es hacer de menos al Sr. Gordon Bennet, pero su copa no me interesa. Es un deporte pasado de moda y yo tengo ahora otras ocupaciones más importantes.

José LÓPEZ RUBIO.

BUEN HUMOR se vende en la HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pl y Margall, 135-139



ALEJANDRO FERRANT  
(DESNUDO EN CAOBA)



Modelo de *sent de lit*  
para *señorita soltera*. Se  
conoce que es *señorita*  
en que todavía no ha-  
bido el *lazo a nadie*.

SALVADOR DALÍ (BAÑISTA)



Le caíde de le tarde.

GUEZALA (CASA ROSA)



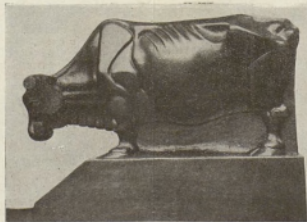
La casa en que nació el pintor Sangroul.  
El que mai empleza, mai acaba.  
(Un legento de esta corte.)

RAPAFEL BARRADAS (MI MUJER Y MI  
HERMANA)



Noten cómo se le ha hinchado el brazo a  
la señora del autor a consecuencia de la  
torre que le salió a éste, cuando vio cómo  
le había puesto en el retrato.

ALBERTO (BUEY)



Ex cornipeto de la ganadería de González, bravo. Aprenden a hacer  
el buey los que tanto lo hacen sin saber nunca.

SOLANA (LOS DESECHADOS)



El cuadro 605 de este autor, o sea el cuadro antes del 606. Hacemos la aclaración, porque  
dicen que todos los cuadros de esta Exposición necesitan aclaraciones.

SÁEZ DE TEJADA (TÍO VIVO)



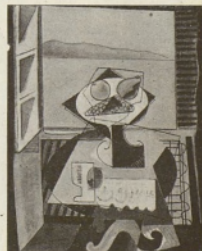
«Terremoto» en Alicante. Último retrato  
del «fenómeno» remitido por nuestro co-  
rresponsal teatral de Estocolmo.

ALBERTO (MATERNIDAD)



Lo que va de ayer a hoy:  
ayer tan abultada y hoy tan  
lisa.

PEINADO (VELADOR)



«Propileusis pentapón agoráquina»  
(Píofino)



# AVERIGUADOR DE "BUEN HUMOR"

No podía faltar esta sección en nuestro acreditado y activo semanario. Hace tiempo que los lectores venían notando su falta y hace tiempo que nosotros estábamos sonrojados porque la notaban. Ningún periódico sesudo, y *Buen Humor* tiene un seso que es el asombro de las masas encefálicas más eminentes y de los sesos vulgares de ambos sexos; pues ningún periódico sesudo, repetimos, debe eludir la obligación sacrosanta que tiene de ilustrar a sus lectores. El fin de los *averiguadores* es ese: fomentar la cultura patria, bucear en los misterios de la ciencia, meterse como Don Pedro por su domicilio en los arcanos de la historia, buscar el por qué de las cosas, el cómo de ciertos acontecimientos y el con o sin de determinados hechos, o de dolorosos deshechos. Lo mismo que no hay rosa sin color ni niña sin amor, no debe haber periódico sin *averiguador*. Hasta hoy, *Buen Humor* ha sido el único que no se había molestado en *averiguar* nada. Desde hoy, *Buen Humor* va a ser el que lo va a *averiguar* todo. Nunca es tarde si la dicha es buena; un punto de contrición da a un alma la salvación; más vale pájaro en

mano que un asiento en el dirigible Sevilla-Buenos Aires (cuando se inaugure), etc., etc., etc.

Como en los demás *averiguadores*, no tiene el lector más que hacer que remitirnos la pregunta, acompañada de cincuenta pesetas si la cuestión es ardua, o de cincuenta céntimos si es sencilla; y le prometemos solemnemente que, en cuanto nos hayamos gastado el dinero, responderemos a la interrogación con un esmero, y con una eficacia que quedará más contento que si le hubiesen rebajado la cédula.

Y ahora vamos a tener el gusto de pasar a tramitar las primeras preguntas recibidas, que son las siguientes y de los lectores que firman:

1. ¿Qué negocios industriales, además del de los autobuses de Madrid, han resultado ruinosos y han tenido que quebrar en seguida?—Cosme Salcedo, Valdecañas.

Pues los que exponemos a continuación, querido Cosme:  
Dos horchaterías en Moscú.  
Una casa instaladora de aparatos

para calefacción central en la República del Ecuador.

El sastré de Weyler.

Cuarenta quiscosos de necesidad en Rusia, el año del hambre.

El teatro Fontalba, de Madrid.

Y, finalmente, un *Tío Vivo* que tuvieron la imprudencia de colocar a treinta pasos del Cementerio de la Almudena. Murió en el acto, como era natural.

2. ¿Habrá habido alguna persona en el mundo a quien no le haya arrojado a la calle el casero? ¿Qué antigiudat tendrá, por tanto, la funesta costumbre de los desahucios?—Anacleto Cañizares, Madrid.

Parece mentira, simpático Anacleto, que no haya usted caído en que el desahucio es tan antiguo como el mundo. Pero el caso es que no ha caído usted, exactamente lo mismo que un 18 165 que tengo en el bolsillo. Y, sin embargo, a poco que hubiera usted meditado se habría acordado de los primeros sujetos que fueron arrojados a la vía pública por no ceñirse a las condiciones del contrato o quizá por ceñirse con exceso. ¿No se acuerda usted? ¡Adán y Eva, hombre!...

Una sola cosa diferencia notablemente aquel lanzamiento de los actuales. Hoy el desahucio se refiere casi siempre a un piso y muy raras veces a una casa entera. En el caso de Adán y Eva, el desahucio fué por una manzana completa, y, según algunos historiadores, por dos manzanas.

3. ¿Se puede saber quién fué el primer hombre de importancia que interesó a «Chelito» cuando ésta era ya mayor de edad?—Juan León, Jaén.

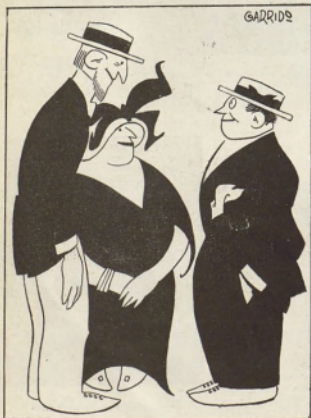
Sí, señor. Se puede saber y se sabe. Don Fernando VII.

Empezó a gastar *paletot* tres años después.

4. Como ganadero y labrador español, me interesa saber en que país de la tierra hay más cerdos.—Lucas Gómez, Bobadilla.

Para *averiguar* eso, no hay más que coger una estadística y hacer una sencilla observación. Donde haya menos casas con cuarto de baño y donde las lavanderas giman por falta de trabajo y donde se vean en los sitios públicos más letreros que digan «no se permite escupir», allí es.

5. ¿Cuál fué el primer tren que



Dib.  
GARRIDO  
Madrid.

—¡Qué bien le sienta a usted el luto don Crisantol! ¡Lástima que no se le muera todos los días una persona de la familia!

chocó en Europa?—Casto Rodríguez, San Sebastián.

La pregunta de este caballero que, además de ser don Casto, es *don-ostiarra*, tiene una respuesta que parece una chirigota anciana y que, sin embargo, es la verdadera y única. El primer tren que chocó en Europa fue el primero que vieron los europeos. Estamos seguros de que ninguno ha chocado como aquel. Lo nuevo es lo que más choca. Eso pasa siempre.

Y además, ¡y esto sí que nos alegra de verdad!, es la única vez en la vida que he chocado un tren sin que haya desgracias personales.

6. ¿Me podrían ustedes poner un ejemplo fácil de "palabras cruzadas", con el fin de enterarme bien de lo que es ese juego?—Manuel Tortosa, Valencia.

Con mucho gusto, don Manuel. Ahí va el ejemplo que usted solicita: —¡Morrall!

—¡Sinvergüenza!

—¡¡Chulo!!

—¡¡¡Gallina!!!

—¡¡¡Cochino!!!

—¡¡¡Ladrón!!!

—¡¡¡Tu padre!!!

—¡¡¡¡Tu ía!!!

Estas son *palabras cruzadas*. Lo demás es gana de perder el tiempo. Servidor de usted.

Escritas las anteriores contestaciones, y cuando nos disponemos a dar por terminada nuestra tarea, recibimos las preguntas siguientes con un carácter de urgencia que nos obliga a insertarlas *ipso facto*:

7. Deseo saber inmediatamente dónde están las niñas desaparecidas.—Angel de las Alas, Madrid.

8. ¿Se sabe de algún piso desahogado, de doce duros al mes, con sala, dos alcobas y derecho a cocina, caso improbable de tenerla

que utilitzar alguna vez?—Pío Díez, Madrid.

9. ¿Resolvería el problema del abastecimiento de aguas en Madrid, durante el verano, un cierre general de tabernas y lecherías?—Facundo Aguado, Madrid.

En la imposibilidad de dar respuesta franca, clara, terminante, contundente, definitiva, satisfactoria y adecuada a las tres preguntas, nos lavamos las manos con la poca agua que, según el preguntón último, hay en la Corte y, después de enjugárnoslas con la higiene natural, firmamos, prometiendo continuar otro día nuestros luminosos estudios acerca de las cuestiones que nos sometan nuestros lectores queridísimos a todos los cuales dedicamos un frenético ósculo con todo el ardor de la estación florida y sudorosa en que nos encontramos.

ERNESTO POLO



Dib. BERGSTRON —Paris.

—¿Qué dice usted? ¿Que la dirección de esa carta está mal escrita?

—Sí; hay alguna palabra ininteligible...

—¿Cuáles?

—¡Esto que pone aquí: Puerta del Sol.—Madrid.

## DIVAGACIONES CORNAMENTALES

## YO ESTOY EN EL SECRETO

Llevo algunos años escribiendo de toros.

Esto se me nota, principalmente los ámbitos a las dos de la madrugada, hora que comienzo a soñar con la corrida próxima y despierto a mi cónyuge con afectuosos gritos de: ¡Morral, arrímatel! ¡Que te pelen! ¡Fuera!, y otras frases poco propias del santuario del hogar, sazónadas con tal cual almohadazo violento.

Considero pueril añadir que mi cara esposa es una de las primeras firmantes de cierta instancia solicitando la supresión de las corridas de toros.

No quiero envenenarme aquí con el relato de mis éxitos de escritor tauarino. Por otra parte, no estoy verdaderamente convencido de mis éxitos, ni de mis condiciones de revisor. Hay un detalle que me hace dudar. Cuanto más calurosamente he pretendido elogiar a un diestro, menos ha tardado él en retirarme su saludo. Esto ha llevado a mi ánimo el veneno de la duda acerca de mis condiciones de escritor tauarino.

Tal vez el pseudónimo es cogido haya influido en esto. Yo me firmo «Rodaballo», diminutivo de «Rodaballo». Rodaballo es un pez. Es posible que a algunos diestros les parezcan poco gratos los elogios de un pez. Sospechándolo así, cuando he querido conservar la amis ad de un matador de toros, le he elogiado de incógnito y he observado que el torero seguía llamándose a mi amigo.

Desde luego creo que no se me hace justicia, porque me consta positivamente que sé mucho más de cuestiones tauarinas que «Corinto y oro». Cuando yo digo que un toro es «melocotón», es por que el toro es evidentemente melocotón. «Corinto» asegura que es una pera en dulce. El hombre que confunde una «pera en dulce» con un «melocotón», no sabe de toros ni de confitería.

Y no sólo sé mucho más que «Corinto y oro». Sé mucho más que nadie. De esto se convencerán ustedes si tienen el buen gusto de seguir leyendo las revelaciones que hoy inicio en las firmes columnas de Buen Humor; revelaciones que solamente yo puedo hacer. Vamos allá: Y digo que vamos allá, porque donde es posible que me manden ustedes no me comprometo seriamente a ir.

El torero, como cualquier conato de curda, consta de tres tercios. En el primero, —la suerte llamada de varas, por las que usan los monos para arrear a los caballos— ocurren cosas en las que ningún aficionado ha fijado jamás su atención. Veamos alguna.

¿No han observado ustedes que, a las veces, al enfrentarse un toro con el jaco de un piquero, quedan ambos inmóviles, mirándose y cabeceando de vez en vez? El ignorante vulgo, cuando este caso ocurre, dice con evidente ligereza que el toro es manso. ¡Pobre animal! Lo que pasa es que el cornipeño, creyendo ser la única víctima del festejo, se sorprende al hallar otro irracional que va a compartir con él el dolor del martirio.

Y en estos instantes suelen entablar diálogos como el siguiente:

El toro.—¡Hola! ¿Un caballo? ¿Para qué me pondrán aquí a este?

El caballo.—¡Caray! ¡Un toro! ¿Para tener semejante visita me han desenganchado del coche de punto, del que tiré durante quince años?

El toro.—¿Qué hay, amigo?

El caballo.—¿Amigo, dices?

El toro.—Sí, hombre....

El caballo.—¿Hombre...? ¡Eso sí que no. A mí me llamas lo que quieras, menos eso.

El toro.—¿Te molesta mucho?

El caballo.—Fíjate en el que llevo encima y tú verás si molesta....

El toro.—¡Si que es un mostrenco el mozo; pero no me explico que te quejes. Si te quejas, yo....

El caballo.—¿Tú? Tú estas gordo, guapo y reluciente. Y si no fuese por ese pinchito con cintas que llevas ahí arriba, serías completamente feliz.

El toro.—¡Ay, querido caballo, qué equivocado estás! Esta gordura mía, este trapío que me envidias son mis desdichas mayores... Fuera yo flaco y defectuoso y en mi dehesa pastaría a estas horas. Pero, soy como ves y aquí me traen para morir a manos de ese que está a tu izquierda haciéndome señas con el trapío.

El caballo.—¿Te llama?

El toro.—No, hombre. Lo que quiere es que me arranque sobre tí y te pegue una corná que te monde.

El caballo.—¡Maldito sea su señor padre! ¿Qué le he hecho yo?

El toro.—Lo mismo que yo; nada; pero la gente se divierte así. Fíjate. A mí, comienzan por encerrarme en un cuarto obscuro y chico, donde apenas me puedo rebullir. Cuando me tienen encerrado tres horas, se abre un boliche en el techo y aparece un palo largo en el que yo creo que me mandan la comida; levanto el morro y me sacuden un renojezo en el morrillo que me hace dar un salto como para comerme al galán de la broma... Pero antes de que pueda intentarlo, me abren la puerta... y aquí me tienes.

El caballo.—Pues eso es una caricia

suavísima comparado con lo mío. A tí te miman y te engordan. A mí me apalean y me tunden. Antes no quería andar porque me dolían los cascos, y a este zángano que llevo encima no se le ha ocurrido otra ingenuidad que la de atarme las orejas con guita y clavarme un alfiler en un ojo....

El toro.—¡Qué bruto!

El caballo.—Y para remate, no hace más que clavarme en los ijares unos pinchos que le han nacido en los talones....

El toro.—Ya lo veo, ya. Oye, y ¿para qué me hace a mí señas ese tío con el palo?

El caballo.—Será para que te vayas....

El toro.—¿Para que me vaya? ¡Ay, su padre; que en la punta tiene un pinchito!

¡Este tío es el de las cintitas! ¡¡¡Le mondo!!

El caballo.—Oye, cielo, que me vas a dar a mí....

El toro.—Perdona, chico; pero a ese tío le reviento... Aguanta, que allá voy....

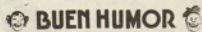
El caballo.—¡¡¡Animal!!!! ¡¡¡Me has hecho la peritonitis muy cochinamente!!

El toro.—¡Uy, qué bruto! ¡Me ha rajado el lomo...! ¡¡Bufffffff!!

El caballo.—¡¡¡Uyuyuyuyuyuyuyuyuy!!

Por la Interpretación,

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



A los señores suscriptores que se ausenten de Madrid durante el verano, se les seguirá sirviendo nuestro semanario, sin sobreprecio alguno, con sólo indicarnos la nueva dirección.





L. B. TONO. - Pa. fr.

—Yo, hijo, te sería fiel eternamente si me regalares un collar.....

—Sí; y más aún si con el collar te comprara una cadena.



# ENTREVÍUS DE "BUEN HUMOR"



UN RATO DE PALIQUE INTERESANTE CON DON ANTONIO MAURA

Recordarán ustedes seguramente que no hace mucho publicamos en estas festivas páginas unas declaraciones casi amorosas de D. Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones y deslumbrante protector de la provincia de Guadalejara, a la par que ex presidente del Consejo, ex ministro de va-

blicar hoy, alentados por el éxito de la primera.

La segunda entrevista de la serie, por haber sido mantenida con D. Antonio Maura, resulta la segunda de la serie y la más seria de la serie, advertencia que huelga desde el momento en que ustedes ya habrán calculado al leer el epígrafe que una entrevista con Maura sería seria o no sería en serio.

Pues bien, en serio decimos que es en serio. Y lo seguiremos diciendo mientras D. Antonio no rectifique. Y, ¡qué caramba! si rectifica, puede que lo sigamos diciendo también.

Y como con este ligero exordio hemos vuelto a dejar a salvo nuestra responsabilidad, concedemos el uso de la palabra al pollo entrevistador y el abuso de la misma al eminente ex estadista balear.

\*\*\*

Tres veces habíamos llamado aquel día a la puerta del genial político isleño. La primera, nos abrió una linda doncellita que nos dijo con puro acento lemosín:

—El señor ha ido a misa.

No hay que decir que nos hicimos cruces y que, al ver que sólo eran las nueve de la mañana, determinamos volver a las once. En efecto, dos minutos antes de esa hora

volvimos a llamar en la respetable morada, y entonces fué un criado el que nos franqueó la entrada. Repetí todo lo que habíamos dicho a la doncella, con excepción de un chicleo circunstancial que en aquel momento no pegaba, y el exquisito servidor nos contestó con una leve sonrisa cortés:

—El señor ha ido a misa.

—Perdone usted—repusimos—. Será que no habrá vuelto de misa, porque a

las nueve nos dijo idéntica frase una doncella a la que, en atención a su sexo, le concedimos un crédito extraordinario.

—La doncella no ha mentido, caballeros, pero yo no miento tampoco. El señor ha ido a misa de nueve, ha vuelto a las diez y cuarto, y a las once me nos diez ha ido a misa de once.

—Perfectamente. Entonces volveremos a las doce.

—Son ustedes muy dueños.

Y maravillados de la devoción creciente del más eximio y conservador de los prohombres del veintisimo régimen, salimos otra vez de la casa y nos estuvimos dando paseos por los enarenados ámbitos del Retiro hasta que sonó la hora del mediodía. Entonces, más esperanzados, tornamos al domicilio de don Antonio. Nos abrió la doncella de la primera vez, y demostrando en su gesto respetuoso que su señor tenía ya noticia de nuestra visita y accedía a recibirnos, nos hizo pasar a una antecámara de tres pares de narices de lujosa y nos honró con las siguientes y amables palabras:

—Siéntense ustedes un momento. El señor ha dicho que no tardará. Ha ido a misa de doce.

Tuvimos todavía que esperar media hora, la cual invertimos en admirar los soberbios cuadros que adornaban la estancia, todos ellos del propio cosechero. Y cuando estábamos boquiabiertos contemplando una pintura que de lejos parecía la batalla de los Castillejos, pero que, aproximándose a ella, resultaba ser el puerto de Santander, abrióse una de las puertas y apareció la venerable figura que anhelábamos desde la primera misa.

—Señores, será preciso que perdonen mi contumacia beatífica, pero a fuer de creyente recalitrante y como el templo no puede venir a mí, yo voy al templo.

—Nada más lógico, don Antonio.

—La religión y la senaduría vitalicia son los únicos consuelos de mi vejez.

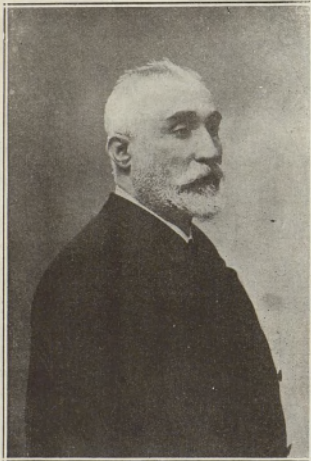
—No hay que desesperar. Aún puede usted hacer algo por España.

—No me dejan.

—Bueno, señor Montaner, aquí venimos con el propósito de obtener de su acreditado talento unas rápidas impresiones personales para BUEN HUMOR.

—Supongo que se tratará de ese estúpido semanario que publica colmos y que dice que Ossorio es Gallardo y calavera.

—En efecto. Pero, a pesar de lo de Ossorio y a pesar de los colmos, deseamos ardientemente honrarnos con



Así es en último retrato de Maura. No está hablando (afortunadamente) pero está bastante bien.

rios ramos, ex diputado de diferentes distritos y ex camado número uno de los que vino el Directorio y la cosa se puso seria. Recordarán ustedes también que nosotros publicamos la entrevista sin responder de su autenticidad, por tratarse de un trabajo realizado por un desconocido jovenzuelo que nos vendió por doce duros la susodicha entrevista con D. Alvaro y otras varias entrevistas de mayor cuantía, entre las que figura la que vamos a pu-

una intervú suya. ¡Hemos pensado que eso sí que sería el colmo... y aquí estamos decididos a llevarla a cabo!

—Muy bien. Pero conste que abrigó la dubitación de que lo que yo diga tenga gracia.

—¿Usted dice cosas para parirle el pecho de risa, querido don Antonio. Pero hace falta que las diga usted en serio.

—Pregunte usted.

—¿Qué opinión le merece el estado actual de España?

—España es un conglomerado geográfico en el que se disputan la hegemonía distintas potencias raciales. Tenemos sangre fenicia, sangre celta y sangre gada. Tenemos la influencia del glóbulo bárbaro, el predominio del alma grecorromana, el estigma de la sangre judía y la mancha de la mora.

—Con permiso de usted, voy a traducir el párrafo para que admiren su pensamiento los lectores de *Buen Humor*. Lo que usted quiere decir es que tenemos muy mala sangre.

—No, señor. Lo que yo quiero decir es que la coincidencia, en un mismo punto cardinal, de opuestos anhelos de predominio espiritual, basados en la herencia atávica de diferentes culminaciones étnicas y filológicas, determina la estupefacción, la regresión y la incongruencia del impulso colectivo.

—Pues no lo entiendo.

—Ni yo tampoco. Pero lo digo.

—¿Usted qué opina de la Unión Patriótica, señor Montaner?

—Si hay falacia en la pregunta, diré que la miro como el matemático al binomio inoperado. Si hay sinceridad, contestaré que todas las uniones son patrióticas, incluso las uniones entre estudiantes y señorías del Metro, ya que persiguen *in continenti* el fin de incrementar los censos de población con nuevas aportaciones de ciudadanos embrionarios que, en el decurso

de los tiempos, acabarán por devenir personalidades definidas.

—Eso ya está más claro, don Antonio.

—Como que pedirme más dianidad en la expresión de esa idea, sería obligarme a decir una grosería.

—De acuerdo. ¿Qué opina usted de

—¡Ah, eso sí! ¡Abrirlo en seguida! ¡Tenemos que hablar mucho! ¡Y largó y tendido!

—¿Usted cuándo ha hablado más largo y tendido?

—En mi memorable discurso de la Plaza de Toros. Hablé más largo que nunca, porque estuve seis horas en el uso de la palabra, y más tendido que en mi vida porque hablé para todos los tendidos, desde el uno al diez. Fué una hermosa faena. Debí salir en hombros.

—En Mallorca sí que usted contando con la admiración de sus paisanos. Toda la isla reconoce orgulosos sus condiciones de orador.

—En efecto. Modestia aparte, soy la única boca de la isla.

—¿Y de sus aficiones a la pintura, qué nos dice usted?

—Algo que es amargo y triste como una aforanza patética. Desde que gobierna el Directorio, no pinto nada.

—También hemos visto con dolor que ya no hace usted trases.

—Es que he hecho tantas, que estoy censado. Además, las frases que se me ocurren ahora son tan aliñantes que me las prohibiría la censura. Aquí el único que puede gruñir y enseñar los dientes es Sánchez Guerra, que hace mal en enseñarnos tanto.

—¿Qué juicio le merece Mussolini?

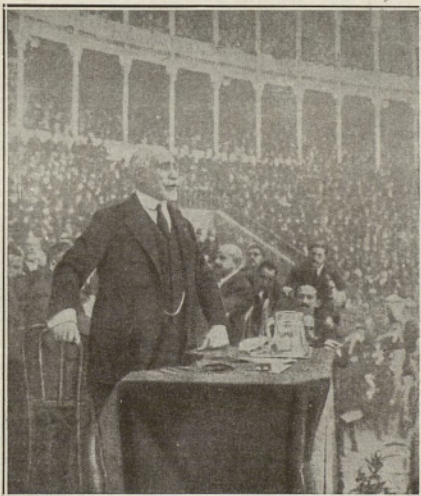
—Que es una mezcla de Pirandello y mía. Yo no sé si es democrata, si es taurófilo o si le gusta la ópera.

Muchas cosas más preguntamos a don Antonio, pero como a ellas no nos dió respuesta adecuada ni satisfactoria, hubimos de conformarnos con las que hemos transcrito, y de las cuales sacamos la consecuencia de que, firme en su actitud, no gobernará ya más porque no quiere.

Porque no quiere la mar de gente.

Por la copia,

Néstor O. LOPE



Don Antonio, en su memorable discurso del cono taurino. Aunque se dijo que nadie le hizo caso en el cono, es indudable que, como pasaron de 14.000 los asistentes, D. Antonio tuvo 23.000 orejas; éxite no superado por ningún diestro ni sinistro.

la actitud silenciosa de Romanones?

—Alvaro y yo somos dos polos absolutamente opuestos. Aprovechando la frase del poeta distraído, diré que el polo ardiente soy yo, y el más fresco Romanones. No obstante, coincidimos en el eje, que por cierto es por donde nos han partido los últimos acontecimientos.

—¿Qué cree usted que procede hacer con las garantías constitucionales?

—No puedo decirlo. Yo no he sabido en mi vida lo que es eso.

—¿Y con el Parlamento?



HABLANDO EN SERIO

## EL HOMBRE QUE SABE HACER REIR

*Hacer reír es oficio de grandes ingenios.*

CERVANTES.

*Anda de ahí, esaborio, porque tienes una «sata» como pa echarla al coño.*

Cecilia andalza.

El día que un individuo se detiene a calcular los minutos que ha invertido durante toda su vida en afeitarse y la dimensión que alcanzarían sus cabellos suponiendo que no se los hubiera afeitado jamás, ese día indica—en opinión de un sabio belga—el principio de la idiotéz más catatónica.

Siento gravitar sobre mí ese descubrimiento del sabio belga, porque el viernes pasado, de pie ante el espejo, con la «Gillette» en una mano y el tubo de crema «Lather» en la otra, caí en el cálculo antes dicho. Resulta que en los siete años que hace que me afeito —¡suerte que se tiene de ser joven!— he perdido en esa delicia y peligrosa operación DOCE MIL SETECIENTOS SETENTA Y CINCO minutos, o sean DOSCIENTAS DOCE horas y tres cuartos, o sean OCHO DÍAS Y MEDIO, consumidos *exclusivamente* en hacer correr la «Gillette» a lo largo del cutis sin alarmar ni comer ni dormir. Y resulta también que si no hubiera perdido esas doscientas doce horas, a estas alturas mi barba y mi bigote alcanzarían la respetable longitud de cinco metros con diez centímetros.

La sola idea de que podría ir arrastrando por las calles una barba y un bigote de cinco metros, me produce un escalofrío en la médula.

En esas condiciones yo podría desempeñar oficios en los que nunca pensé, como anunciar el suero «Titán», hacer de orangután rugiente en las ver-

benas, obligar a callarse por el mágico resorte del miedo a los niños que lloran sin visible epílogo, etc., etc.

Afortunadamente, mi natural inclinación al afeitado me ha puesto al margen de estas desgracias, y hoy ando por la urbe sin otra particularidad digna de anotarse más que los comentarios femeninos que despierta mi paso y que son tales como los que siguen:

—¡Dios mío! ¡Qué birria de hombre!

—¡Qué habrá hecho ese joven para no crecer?

—¡Dónde se surtirá de narices?

—¡Por qué se empeñará en andar con los pies hacia adentro?

Y cien más por este elegantísimo estilo.

Pero lo indiscutible es que, delante del espejo, me he hecho el cálculo ya apuntado y que, por lo tanto, caigo en el grupo de idiotas que ha denunciado el sabio belga a que he hecho referencias antes.

La noticia tampoco me sorprende; muchas personas me han proclamado idiota hace bastante tiempo, y para conseguir que vuelven a llamármelo no necesito más que una cosa: hacerles reír. En España basta hacer reír para ser insultado.

He aquí por qué raros y pilosos caminos he llegado a lo que pretendo. El hombre que sabe hacer reír es la excepción. ¿Cuántos médicos, arquitectos, abogados, ingenieros, maestros, etcétera, verdaderamente notables hay por ahí? Infinitos. ¿Cuántos individuos que sepan hacer reír circulan por el mundo? Pueden contarse sin recurrir a los logaritmos de Vázquez Queipo. El hombre que hace reír es un gran ingenio; me apoyo en Cervantes para asegurarlo, y don Miguelito era así. ¿Por qué entonces al hombre

que hace reír se le trata con ese desvío?

Yo he visto noches y noches reír hasta la congestión al público, imantado por la palabra pintoresca de Luis Esteso. Y a la salida del espectáculo he oído este comentario general:

—¡Qué fio más ganso!

Y me pregunto: ¿Por qué la gente es tan burra? ¿Por qué guarda el adjetivo *genial* para cualquier grullo que confunde una hidropeña con una apendicitis, pongo por ejemplo, científico? Y ¿por qué no propina el adjetivo a hombres que, como Luis Esteso, saben hacer reír? Nunca me lo he explicado. He oído a la crítica destrozar a Pedro Muñoz Seca—alto ingenio—y atacar a Enrique García Álvarez, el ingenio por excelencia, y a Carlos Arches, otro ingenio, a los que se alabara sin reservas cuando hayan muerto, porque hacerlo antes sería sentar plaza de indocto. Y me ha indignado.

Es necesario ir abriendo los ojos a la generalidad del público y decirle: «¿Ve usted esa comedia, o esa caricatura, o ese artículo, o esa poesía, o ese libro que usted califica de *gansada*, sin meterse en más averiguaciones? Pues no sea usted animal: eso no lo sabe hacer más que un hombre de cada millón, y es más meritorio que la labor entera de cientos de seres que, al fin y al cabo, no producen en el mundo otro beneficio que el de que coman todos los días sus familias.»

Ya que los que deben hacerlo no lo hacen, estamos en la obligación de elevar al hombre ingenioso hasta el altivo pedestal que le corresponde.

En países cultos esto ya se ha logrado, y un hombre ingenioso es un sér al que se admira y al que se premia sin reservas; pero en esta casa de vecindad sin portería que es nuestro país, no se ha conseguido ese resultado. Porque España—contra la opinión de muchos—es la tierra de la gente seria. Hay demasiados «señores serios» en España; demasiados señores de gran abdomen que no ríen casi nunca, por que en el lugar correspondiente al cerebro tienen un kilo de pasta para sopa.

Organicemos una cruzada contra los «señores serios» y no paremos hasta transformármelos o hasta llorarlos al mar por el peñón de Gibraltar. Y si queremos ser algo en el mundo aprendamos a reír siempre y a comprender y a elogiar en lo mucho que vale al hombre que sabe hacer reír.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—He descubierto, por casualidad, donde pasa las noches mi marido.

—¿Dónde?  
—En casa! Figúrate, que anoche, como estaba indispueta, tuve que quedarme y lo descubrí.

(De *Le Rire*. París).

DEL BUEN HUMOR AJENO

## UNA MUJER AGITADA

Por Albert Acrement.

Madame Vertoi tiene cuarenta y ocho años. Es una bola. Sus carrillos parecen dos manzanas, sus dedos son como morcillas; esto, no obstante, tiene pretensiones de elegancia.

Todo el mundo la conoce en la casa, porque con harta frecuencia, desde el quinto piso, donde vive, interpela a la portera a grandes gritos. Cuando recibe algún encargo es muy raro que no se produzca una discusión, ya sobre la calidad de lo que le llevan, ya por dar al portador una propina tacaña.

Es viuda y sin hijos. Su marido aprovechó el pretexto de la primera enfermedad que tuvo para irse de este mundo y no verla más, y sus hijos no nacieron de miedo de caer bajo su autoridad.

Esta tarde tiene que ir a casa de la modista. Grave ocupación. La semana que viene da una comida y, según su expresión, no tiene nada que ponerse.

La modista le advirtió que fuera a las cuatro en punto, pues si se retrasaba cinco minutos aquélla tendría que atender a otras clientes.

Madame Vertoi prometió ser exacta. Conviene señalar que la modista de que se trata, una solterona de barbilla salpicada de puntos negros que presenta siempre la boca erizada de alfileres, se ha mostrado tan rigurosa para vengarse de las observaciones desagradables que no deja nunca de hacerle la gruesa señora.

—¿Qué hora es?

Madame Vertoi mira su reloj. La modista habita un cuarto, que huele a ropa y a cosas cocidas, en una de las calles vecinas de la Basilla. Hay media hora de Metro.

Son las tres y veinticinco. Hay que echar a correr. Coge en el recibimiento un sombrero con tal fuerza, que por poco lo hace pedazos y se lo coloca de un puñetazo en la cabeza. En la escalera se pone el abrigo. Un pastelero que lleva confitures al segundo le obstruye el paso; pero ella ni corta ni perezosa, le empuja contra la pared, como si le atropellara una locomotora, y riende por los escalones las golosinas.

—¡Allá va! ¡Tenga usted cuidado, señor! —gruñe el chico.

Al pasar por la portería dícele la portera:

—Tengo una carta para usted.

—Me es igual.

—Me han dicho que es urgente.

—Luego me la dará usted. ¡Pesado!

—¡Hay que ver que educación!

—¡Bah!

—¡Grosel! ¡Tía gorda! ¡Inquilina!

\*\*\*

Hay que atravesar dos calles. En la primera tropieza con un desfilé ininterumpido de autos. Imposible pasar. Blandiendo su paraguas se lanza contra un taxi como para atravesarlo. El chófer, por no aplastarla, hace un viraje y se estrella contra un cañón. Gritos, insultos, pero ella pasa.

A la segunda calle llega en el momento en que el guardia detiene el paso de los coches para que crucen dos amas de cría con sus cochecillos. Madame Vertoi tiene tanta prisa de aprovechar el convoy, que en su acoñetida hace que el guardia se le caiga la perra y se lleva por delante las calzas blancas de una de las amas. Nueva serie de insultos. Ella está ya lejos.

Húndese en el Metro. —«Señorita, un primera», dice en la ventanilla. —«Hay que esperar vez», le responde la taquillera. Sin embargo, ella pretende obtener un billete sin demora. Los de la cola protestan; pero al fin consigue ganar puestos y consigue el billete.

Como una furia se lanza al andén que está lleno de gente: cuando llega el tren se apilan delante de las puertas numerosas personas y Madame Vertoi se abre paso a empujones... —«¡Que son huevos lo que llevo aquí, señorial!», grítale una mujer. «¡No empuje tanto, que me va usted a desgarrar la cría-

tural!», chillaba otra. Pero nuestra voluminosa heroína no se para en menudecias y al fin penetra en un departamento. Pero no le basta. Extenuada por tantos esfuerzos quiere sentarse. Para lograrlo avanza a codazos hacia el centro del coche y grita: —«¡Decididamente la galantería francesa ha muerto. Los caballeros ya no ofrecen ¡u asiento a las señoras!».

Cerca de ella hay sentados tres señores: dos jóvenes y uno viejo. Este se levanta y le ofrece su sitio.

Madame Vertoi, satisfecha, piensa que llegará a tiempo y que tendrá su vestido. Y esto para ella es una especie de triunfo.

El empleado del Metro grita al llegar a una estación: ¡Jorge VI!

Jamás ha emocionado a nadie el nombre de un rey como éste a Madame Vertoi.

En su precipitación, la infeliz se había equivocado de dirección, y en lugar de ir a Vincennes avanzaba hacia Maillois, que es todo lo contrario.

Al salir a la superficie se encuentra tan abatida que se deja caer en un banco y llora a la sombra de un distribuidor automático que, desde luego, no funciona.

G. P.



F. PÉREZ

## ANDANTE CON MOTO

—Qué: ¿ha perdido usted algo?

—¡Un hijo mío, que llevaba aquí detrás!

(De London Opinion, Londres.)

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestros oficiales, y por correo, precisamente en esta forma:

## BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

El Caballero de Gracia.—Le diremos a usted lo que el coro general le decía a su esclarecido toyo:

«Que necio es este señor...»

Y conste que nos quedamos cortos, pero no queremos ensañarnos. Bastante tiene usted con el cretinismo agudo que le ha caído encima.



**HERNIAS**  
Urgentes y repentinamente  
J Campos  
Quiso MEDICO  
ORTOPEDICO  
de MADRID  
Legado Figuera 1

Batracho, Madrid.—Usted será el as del chiste futuro, no lo negamos; pero por ahora, y dada la grosería y ordinario de sus procedimientos, es usted el exceso de as de bastos. ¡Y perdón que no seamos finos, pero como usted tampoco lo es, estamos iguales!

T. Dickson. San Sebastián.—¡Qué poesía, qué dulzura bucólica, qué ingenio encanto tiene aquella

## Cesáreo Alonso

Ortopedico del Hospital Militar y del Instituto Rubio.

Talleres propios. Precios económicos.

Fuencarral, 104. Tel. 405 J.

descripción del amanecer donostiarra... Copiosísima.

«El sol doró las ingentes espumas que antes plateó la luna... El Uru-mea metió su murmullo manto con el rugido del Océano... Los pelearcos graznan... La escondi-

## MANTONES DE MANILA

Athlans, gramófonos, discos. Compro, vendo, cambio.

## LA NUEVA MERCANTIL

Plaza Matute, 6 duplicado.

da campana de un templo tan teusamente...»

Treduzcamos ahora el párrafo que en resumen, viene a decir: se doró, se plateó, se murmuró, se rugió, se grazna y se talle...»

Y ahora resumamos: el que grazna es usted y los que talle o tallan somos nosotros que le hemos tallado... ¡Usted es Espronceda en una nueva encarnación, no lo niegue...!

Dibujos a los que más les valdría estar "durmies".—Los producidos, a costa de mil sudores y fatigas por los señores dibujantes siguientes, a los que acompañamos en el fondo y natural sentimiento que experimentaron al leer la trágica lista, y que son: Pilito (Zaragoza)

**DESAPARECE  
INMEDIATAMENTE  
CON EL  
DEPILATORIO  
GVIDOR**  
INOFENSIVO E INODORO  
Estuche, 6 pesetas

**AGILES Y JUVENILES  
PROPORCIONA  
EL**

**PÉDILUE  
GVIDOR**  
SALES MINERALES PERFUMADAS  
Estuche, 3,75 pesetas  
EN PERFUMERIAS Y DROGUERIAS  
Concesionario: PEDRO SUÑER.—SICILIA, 29, BARCELONA

za), Titilla (Barcelona), Apela, Rosario de V. Pedraza (Madrid), Gilita (Guernica), Cirilón (Puen-trabla), Menudo (Madrid), Martínez Benid, J. M. D. Morales (Mallorca), L. García (Madrid), Asnar (Zaragoza) y A. Hernández.

Perucho Camacho, Madrid.

¡Lo deploro, buen Peruchol!

¡Me contraría, Camechol!

¡Me duele, amable muchachol!

¡Lo siento y lo siento muchachol!

pero eso es un mamarrachol...  
=====

El buen Alcalde hoy prescribe

ni lea en su oficina lego

tiempo con Licor del Polo

hasta las bocas de riego.

=====

Gaetano Gilgenf.—¡Caro am-

ico, qué espereñil!

Luis Capeto XIX. Madrid.—Usted no tiene categoría para darnos la lata gigantesca que nos ha dado, aunque le merezcamos, ¡ay!, por ser primos. De manera que vaya usted a paseo! Y a ver si los ámbulos del paseo susodicho le dan a usted un poco de sombra, que, ¡ay de mí (y de usted), le está haciendo una falta la luz.

R. Ch. G. Madrid.—En el cuento que nos envía usted a usted y tres personas sin necesidad. Y como esto marca una vocación, y para interito nos parece que va usted mal, le aconsejamos que se haga chauffeur y podrá usted aplazar a los que se le antejo, sin temerarse la molestia de acomodarlos, que todavía es más criminal que lo otro, cuando se hace como usted lo ha hecho.

riendo... ¿Que en qué dirección? Pues no le de su casa de usted, con el fin de cogerle inmediatamente y darle tres estacazos. ¡O cun- tro...! que por muchos que sean, nunca serán los que merezca su conducta villana y concupiscent!

## ALBERTO RUIZ

JOVENIA.—CARRETERA, 7

Palencia de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

P. P. C. Madrid.

«Con que su señora suera es un respetable chuchol?»

¡Caray, su suera es bien negra,

pero yo me alegro mucho.

¿Y qué usted por qué me alegro tanto?

¡Pues porque tengo la esperanza de que con la mala vida que le dará a usted, no pasarán muchos meses sin que usted «va dife» y por lo tanto nos libraremos de su brevedad de sus obsequios literarios...! ¡Bendita suera! ¡Qué lastima que haya pocas así, entre nuestros favorecedores espontáneos!

## LEGRES FOTOGRAFÍAS

CURIOSAS

Señales inapreciables, 1 y 10 pías.

Giro o sellos:

Agencia artística LUX

APARTADO 126 MADRID

«La Caraba». Madrid.—Querido amigo: le es adonimo *La Caraba* se presta a unas cuantas chuchillas que vamos a tener el honor de dirigirle. Son éstas: *La Caraba* es el remoquete que usted usa. Lo que nos manda es la caraba también. Y usted no es la caraba, sino el que va a arar de un momento a otro, porque es usted un escritor un tanto cadipeiro, y no es por ofender.

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

P. A. C. Valladolid.

Su cuento algo deshonroso

pero por título inodoro.

¡Y, claro, al ver eso, ¡en cesto le he puesto!.

Pero no se apure usted, que allí está muy bien. Mejor que en ninguna otra parte; puede usted creerme.

E. A. G. Zaragoza.—Quede usted declarado inútil después del reconocimiento a que le hemos sometido.

## CUPÓN

correspondiente al núm. 186.º

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque si publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideremos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

**El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:**

—¿Cuál es el último asiento que ha hecho el crédito de la Unión Minera?

—Varios... a la cárcel.

Carmen y Virginia.—Bilbao

En el Bar.—K.  
Una joven, que está sentada con un hombre, se dirige al cerillero y le dice:

—¿Tiene usted papel y sobre?

El cerillero.—¿Con membrete o en blanco?

La joven.—No lo sé; pero mi novio creo que tiene pluma gráfica.

Ateúgile.—Madrid.

Sincera amistad.

La escena tiene lugar cualquier día del año, a la hora que ustedes quieran, en la concurrida calle de la Montera.

—¡Adios, Rodriguel!

—¡Hola, Delaz!

—¿Tanto tiempo sin verte.

—Pues chico, todos los días paso por esta calle.

—¿Y yo lo mismo.

—Vaya, me alegro de verte bueno.

—¡Adios y hasta mañana!

**MEDEL**  
**GRAN VIA, 18**  
**¡JUGUETES!**  
**COCHES DE NIÑO**

Al día siguiente, a idéntica hora, por los mismos personajes, se repite la escena en la calle de Tetuán.

C. Porriño.

Un andaluz marchó a Francia a probar fortuna, y como era muy torpe para aprender la vecina lengua, pasó «las moras», tanto en las cecidas como cuando buscando alguna distracción se internaba en los freixeros, de los cuales tenía que salirse por no entender una palabra. A los dos meses, ya aburrido, decidió volver a España, y cuando cargado con su equipaje llegaba a

la estación, un asno que estaba allí cercano se puso a reboznar, y el «comperu» al oírlo, abandonó su maleta y echó a correr en dirección al animal, al cual llevó y abrazó repetidas veces, causando la hilaridad de los transeúntes, uno de los cuales preguntó extralíado: «¿Por qué acaricia usted al burro?—A lo cual contestó el andaluz:—Porque en «tó er tiempo que «yevó» aquí es al primero que algo cantar como es mi tierra.

L. M. Menado.

El (a la criada).—Mire a ver cuántos llama, y avíseme.

La criada.—Es la mamá de la señorita. ¿La abro?

El.—En canal.

P. P.—Palencia.

Entre amigos.

—A un amigo ruso, durante el último guerra de Marruecos, una bala le atravesó la mano y se le incrustó en un dedo.

—¿Eso es imposible!

—Es que mi amigo se tapaba en ese momento el oído con la mano.

Eusebio.—Madrid.

—¿Qué moda será la que en el invierno haga crecer a los hombres?

—La de usar capa rosa.

De Teyás.—Valdepeñas.

Dílogo.

—¿Yir me hablaban de usted.

—¿De mí? ¿Quién fue?

—No, si no fué de usted; es que me dijeron a mí de usted porque no tenían confianza para hablarme de sí.

Victoria Jiménez.—Madrid.

En una librería.

El dueño (el empleado).—Haga usted el favor de darme un ejemplar de «La Radiotelefonía al alcance de todos».

El empleado (que es sumamente bolo).—No, señor.

El dueño.—¿Por qué?

El empleado.—Porque está al alcance de todos menos a mí, pues lo han puesto en un estante muy alto y no llego.

Cesarina Pedraza.—Madrid.

Un español y un inglés.

El inglés.—¿Tú cierto que usades los espejitos le tiran el som-

brero a los pies a las mujeres cuando les ven pasar?

El español.—Eso era antes, cuando eran sombreros flexibles; pero ahora se usan sombreros duros.

El inglés.—¿Y por qué no les tiran ustedes un duro?

El español.—Porque si les tiramos un duro se lo tiran.

R. T. L.

En el sorteo de quintos, a un mozo le sale el número uno y al otro sus compañeros le dan una formidable paliza, pero unas personas compadecidas de su suerte protestan y dicen:

—¿Por qué le pegan ustedes de esa manera, encima de sacar ten esa número?

A lo que los amigos contestan:

—Porque queremos que se libre por indolencia.

Benjamín López.—Madrid.

ceitado, acéptalo; éntonces me dijo que escribiría una cuartilla, y...

—Bueno, ¿y qué?

—Que cuando se la presenté y tuvo mi letra a la vista, me la protestó.

Enrique Sorla.—Madrid.

En la joyería.

El.—¿Pruebate ese collar de perlas a ver que te parecen.

Elia.—¿Pues me parecen... de perlas!

Carlos Alienza.

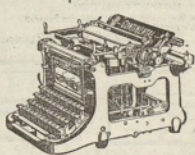
Entre amigos.

—¡Estoy asombrado! Acabo de celebrar una conferencia con un grafólogo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que por la manera como yo había escrito le hecho de la palabra «científico», había adivinado en seg-

La máquina de escribir CONTINENTAL es la predilecta.



Pidanla a prueba a los concesionarios de España, Portugal y Marruecos.

MADRID.—Hortaleza, 17. Tel. 44-58 M. BARCELONA.—Clarís, 5. VALENCIA.—Mar, 6. BILBAO.—Ledema, 18. PALMA DE MALLORCA.—Quist, 7. SEVILLA.—Rivero, 7. TOLEDO.—Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

ALQUILER DE MÁQUINAS ✕ ACCESORIOS PARA TODOS LOS SISTEMAS

Entre ceasantas.

—¿No te has caído por fin en casa del notario?

—No, chico, verás lo que pasó: me dijo que no daba más que veinte duros al mes por ocho horas de trabajo diario; como estoy tan ne-

da que yo no sabía una palabra de ortografía.

M. Radio España.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Provisiones, 12.

**FÁBRICA DE LUNAS**  
Y ALMACÉN DE CRISTALES  
BISELADO, GRABADO Y DECORADO ARTÍSTICO  
**F. FERNÁNDEZ**  
FLORIDA, NÚM. 10 MADRID TELÉFONO 28-98 J.



EL ARTE DE CONSUMIR  
—Y ustedes, señores, ¡qué quieren tomar?  
—La caja registradora.  
(De Varé, en «Dímanche-illustré», de París.)

**PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE**  
VIUDA DE CELESTINO SOLANO  
Primera marca mundial LOGROÑO

**INDRA PERLA**  
LA CASA MÁS SURTIDA  
AL TODO DE OCASIÓN  
FUENCARRAL, 45

**CASA VEGUILLAS** COMPRA Y VENTA

La que más paga las papeletas del Monte, alhajas, máquinas de escribir y fotográficas. Pianos, Pianolas. Objetos de arte. Mantones de Manila y mantillas de encaje.

Leganitos, 1 y Torija, 2. Sucursal: Infantas, 26.

**ALHAJAS**

Se compran para casa extranjera, pagándolas espléndidamente. Puerta del Sol, 11 y 12, segundo derecha.  
**Hay ascensor.**

PARÍS y BERLIN  
Gran premio  
y  
Medallas de oro.

**BELLEZA**

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
**BELLEZA**

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el más delicado e inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestar ni perjudicar para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

**Tintura Winter** Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

**Angelical Cutis** LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros granateados, etc.), dando al cutis belleza, disolución y delicado perfume.

**Pelífero Belleza** Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

**Loción Belleza** Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobra los rostros marchitos o envetados lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, acné, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

**Almendrolina Belleza** CREMA ALMENDRO. Las cremas. Complace a la persona más exigente. *Juvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus benéficos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

**ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin sentirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia el enagua. Se usa lo mismo que el ron quins.

**DE VENTA** en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.

**Fabricantes: AROENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)**

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (15 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (15 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### Unión Postal

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 886	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número sueldo.....	25 centavos

### REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

# LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

## BALBINO CERRADA

41. ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

MADRID

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,  
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



# BUEN HUMOR



- [Estas mujeres van a ser mi ruina!  
—[Pero, don Protógenes!... ¡No sea usted tan tenorio!  
—No soy tenorio, amigo mío. Soy fabricante de telas.

Dib. RAMIREZ.—Madrid.